

dad en las formas exteriores que revelaban la grandeza del alma y que encadenaban los ojos y los corazones, lenguaje proporcionado á la magnitud y á la altura de sus pensamientos, elocuencia que convenia á los reyes y que aplacaba las sediciones de sus tripulaciones, poesia de estilo que igualaba sus relaciones á las maravillas de sus descubrimientos y á las imágenes de la naturaleza; amor inmenso, ardiente y activo á la humanidad hasta en esas latitudes lejanas que acaban hasta con la memoria, sabiduría de un legislador y dulzura de un filósofo en el gobierno de sus colonias, piedad paternal para con los indios, hijos de la raza humana, á quienes queria dar la tutela del mundo antiguo, pero no la servidumbre de sus opresores; olvido de las injurias, magnanimidad en perdonar á sus enemigos, piedad, en fin, esa virtud que contiene y diviniza todas las demas, cuando ella es lo que era en el alma de Colon; presencia constante de Dios ante su espíritu, justicia en la conciencia, misericordia en el corazón, alegría y gratitud

en los triunfos, resignacion en los reveses, adoracion por do quiera y siempre.

Tal fué este hombre. Nada conocemos mas acabado: contenia á muchos en uno solo. Era digno de personificar el mundo antiguo cerca de ese mundo desconocido, al que iba á abordar el primero, y de llevar á aquellos hombres de otra raza las virtudes del viejo continente sin uno solo de sus vicios. Ninguno por lo grande de su influencia mereció mejor el nombre de civilizador.

Su influjo en la civilizacion fué incomensurable. El completó el universo, acabó la unidad física del globo. Era adelantar mas que cuanto antes de él se hiciera la obra de Dios: la unidad moral del género humano. Esta obra, á la cual concurrió Colon, era demasiado grande en efecto para estar dignamente recompensada con la imposicion de su nombre al cuarto continente de la tierra. La América no lleva su nombre; pero el género humano reunido por él, lo llevará á todo el globo.

CICERON.

PRIMERA PARTE.

Año 107 antes de Jesucristo. — 647 de la fundacion de Roma.

I.

Ciceron... no es nombre de un orador, es el nombre de la elocuencia.

La elocuencia, tal como nosotros la comprendemos y tal como Ciceron la comprendia, no es solamente el arte de hablar á los hombres en una plaza pública, es el don de sentir mucho, de pensar bien, de saberlo todo, de imaginar con esplendor, de expresar con poder y de comunicar por la palabra escrita ó hablada á los demas hombres la idea, el sentimiento, la conviccion, la verdad, la admiracion de lo bello, el gusto por la honestidad, el entusiasmo por la virtud, el afecto al deber, el heroismo de la patria, la fé en la inmortalidad, que hacen al alma honrada, al corazón sensible, al entendimiento justo, á la razon sana, á la ciencia popular, á la imaginacion artista, al patriotismo ardiente, al varon viril, á la libertad querida, á la filosofia piadosa, á la religion conforme á la idea mas alta de la Divinidad, en una palabra, que hacen al individuo bueno, al pueblo grande y á la humanidad santa.

He aqui lo que nosotros entendemos por el ideal de la elocuencia. Supone para nosotros la posesion y el ejercicio de todas las facultades intelectuales y morales del hombre, resumidas en la palabra: el poder del verbo humano.

II.

Ningun hombre acaso reúne como Ciceron todas estas cualidades. Poeta, filósofo, ciudadano, magistrado, cónsul, administrador de provincias, moderador de la república, idolo y victima del pueblo, teólogo, juriconsulto, orador supremo, hombre honrado, sobre todo, tuvo ademas la rara felicidad de emplear todos estos diferentes ejercicios, ora en la mejora, en la tranquila posesion de las delicias de su alma en la soledad, ora en el perfeccionamiento de las artes de la palabra, por el estudio, ya en los negocios públicos de su patria, que entonces eran los negocios del universo, aplicando así sus dones, sus talentos, su valor y sus virtudes al bien de su país, de la humanidad, y al culto de la Divinidad, á medida que se perfeccionaba.

III.

No se pueden reprochar á Ciceron mas que dos faltas: la vanagloria en la contemplacion de si mismo, ó las debilidades reales, ó mas bien indecisiones culpables al fin de su vida hácia los tiranos de su patria. Pero estas dos faltas, si se estudia bien su historia, no son faltas hijas de su carácter, sino faltas de su época.

La vanagloria era la virtud de los grandes hombres, en aquellos tiempos en que la religion mas magnánima no habia enseñado todavía á los hombres la abnegacion, la modestia, la humanidad, que nos emancipan de las glorias terrenales, y que la refieren á la satisfaccion muda de la conciencia ó á la sola aprobacion de Dios.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSO

Y en cuanto á las composiciones con los acontecimientos y con las tiranías de que se reprocha á Ciceron, es preciso recordar el estado de la república romana, la corrupcion de las costumbres, la cobardia del pueblo, la enervacion de los caracteres de su tiempo, para ser justos hácia este grande hombre.

En ninguna época de su carrera civil se ha manifestado débil en presencia de su deber. Si era débil delante de César, no era débil delante de la muerte; pero para apoyar la elevacion de esta fuerza de alma que se le pide, y para sostener solo la república contra César, le era necesario un punto de apoyo en la república. Ya no le tenia; no fué la elevacion de alma lo que le faltó á Ciceron, fué el punto de apoyo. Podemos reconvenir al tiempo, pero nunca acusar al ciudadano.

IV.

Ninguna forma de gobierno fué tan á propósito como la república romana para formar estos hombres completos, como los que acabamos de definir en el mas grande orador de Roma. No se habian inventado todavía aquellas divisiones de facultades y aquellas especialidades de profesiones que descomponen un hombre entero en fracciones de hombre. No se decia: «Este es un ciudadano civil, aquel es un ciudadano militar, este es poeta, aquel es orador, este es un abogado, aquel es un cónsul; se era todo á la vez si la naturaleza y la vocacion daban todas estas facultades. No se mutilaba arbitrariamente la naturaleza, como desgraciadamente lo hacemos hoy con detrimento de la grandeza de la patria y de la especie humana. No se imponia á Dios un *maximum* de facultades que se prohibia sobrepasar cuando creaba una inteligencia mas universal ó una alma mas grande que las otras. Cesar ligaba, hacia versos, escribia el *Anti Caton* y conquistaba las Galias. Ciceron escribia poemas, hacia tratados de retórica, defendia las causas en los tribunales, arengaba á los ciudadanos en la tribuna, discutia el gobierno en el senado, percibia los tributos en Sicilia, mandaba los ejércitos en Siria, filosofaba con los hombres de estudio, y tenia escuela de literatura en Tusculo. No era la perfeccion, era el genio quien formaba al hombre, y el hombre era entonces tanto mas hombre, cuanto que era mas universal: de aqui la grandeza de aquellos hombres múltiples de la antigüedad. Nosotros admitimos ya que un filósofo sea un político, un magistrado un héroe, un orador, un soldado, un poeta, un sabio ó un ciudadano. El mundo moderno será mas fuerte y mas bello y mas conforme al plan de Dios, que no

ha hecho al hombre un fragmento, sino un conjunto.

V.

Ciceron, tal como nosotros le encontramos en los retratos y en las cartas de sus contemporáneos y en las suyas, era de elevada estatura, como es necesario á un orador que habla delante del pueblo y que tiene precision de dominar con la cabeza á los que debe dominar con la imaginacion. Sus facciones eran severas, nobles, puras, elegantes, alumbradas por la inteligencia interior, que las habia, por decirlo asi, formado á imagen suya. La frente elevada y diáfana, como una mesa de mármol, destinada á recibir y á borrar las mil impresiones que experimentaba; la nariz aguileña, la mirada recogida, firme y asegurada sin provocacion cuando la derramaba sobre la multitud, la boca fina, la voz sonora, que pasaba facilmente de la melancolia de las grandes preocupaciones á la gracia de la sonrisa; algo pálido, delgado por el frecuente estudio y por la fatiga de la tribuna y las arengas. Su actitud tenia la calma del filósofo mas bien que la agitacion del tribuno. No era una pasion, era un pensamiento que se posaba y se dibujaba en él á los ojos del pueblo. Se veia que aspiraba á iluminar y no á estraviar á la multitud. Toda la autoridad de la virtud pública, toda la magestad del pueblo romano se elevaban con él cuando se levantaba para tomar la palabra. Un numeroso y grave cortejo de griegos, libertos, clientes y ciudadanos romanos, salvados por sus talentos, le acompañaban cuando atravesaba la plaza para subir á los *rostris*. Llevaba en la mano un rollo de papiro y un estilo de plomo para anotar sus exordios, sus demostraciones, sus peroraciones, partes preparadas ó inspiradas de sus discursos. Su traje, cuidadosamente conforme á la manera antigua, no tenia nada de la negligencia del cénico ó de la indolencia del epicúreo. Se vestia, no se adornaba con su toga de pliegues perpendiculares ceñidos al cuerpo. No queria que los colores, atrayendo los ojos, prestasen distracciones á los oídos. Su aspecto enfermizo, especialmente en su juventud, interesaba á aquella languidez del cuerpo, domado por la imaginacion. Revelaba sus insomnios y sus meditaciones. Escepto su voz, grave y formada por el ejercicio, toda su apariencia exterior era la de una pura inteligencia, que no habia sacado de la materia mas que la forma estrictamente necesaria para hacerse visible á la humanidad.

Peró el pueblo romano, como el pueblo griego, acostumbrado por la frecuencia de asistir al foro á juzgar á sus oradores como artistas, apreciaba en César, en Hortensio, aquella estenuacion del cuerpo que atestiguaba el es-

tudio, la pasion, las vigiliias, y la consuncion del alma. La delgadez y la palidez de Ciceron eran una parte de su prestigio y de su magestad.

VI.

Nació en una pequeña ciudad municipal de las cercanías de Roma, llamada *Arpino*, patria de Mario. Su madre, *Helvia*, muger superior por su valor y virtud, como todas las madres donde se forman los grandes hombres, le dió á luz sin dolor. Un genio apareció á su nodriza, dice el rumor antiguo, y le predijo que iba á alimentar en aquel niño la salvacion de Roma; lo cual significa, que la fisonomía y la mirada de este niño engendran en el corazón de su madre y de su nodriza, no se sabe qué presentimientos de grandeza y de virtud innatas. *Helvia* era de una sangre ilustre. Su familia paterna cultivaba oscuramente sus módicos dominios en las cercanías de *Arpino* sin buscar los empleos públicos y sin venir á Roma, contenta con una fortuna limitada y con la consideracion local de su provincia. A pesar de la novedad de su nombre, que Ciceron hizo brillar primero que nadie en Roma, esta familia descendia, dicen, por filiacion de los antiguos reyes del *Lacio*. El abuelo y los tíos de Ciceron se habian distinguido ya por su aptitud en los negocios, y por algunos síntomas inesperados de elocuencia en las diputaciones enviadas por su villa á Roma para sostener allí graves intereses. Es muy raro que el genio esté aislado en una familia, porque muestra casi siempre gérmenes antes de producir el fruto consumado. Remontándonos á algunas generaciones en una raza, se reconocen síntomas precursores al grande hombre que la naturaleza parece preparar gradualmente. Esto sucedió tambien á la familia poética del *Tasso*, cuyo padre era ya un poeta de segunda inspiracion; asi sucedió en la familia de Mirabeau, cuyo padre, y especialmente los tíos, eran oradores naturales, aunque mas cándidos que el sobrino; lo mismo, en fin, sucedió á Ciceron y otros muchos. La naturaleza elabora mucho tiempo y sordamente sus obras maestras en la humanidad. El hombre es un ser sucesivo, que traza y acaso contiene en una sola alma las virtudes de las almas de cien generaciones.

VII.

Estas disposiciones y este gusto oratorio y literario de la familia de Ciceron, y la ternura que se cambia en ambicion para su hijo en el

corazon de una noble madre, hicieron educar en las letras griegas y romanas al niño que prometia tan temprano tanta gloria para su casa. La literatura griega era entonces para los jóvenes comunes lo que la literatura latina ha sido despues para nosotros: la tradicion del espíritu humano, el modelo de la lengua, el gran antecesor de nuestras ideas. La rápida y universal inteligencia del niño verificó una explosion, mas bien que hizo progresos en las primeras lecciones que recibió al salir de la cuna bajo la inspeccion de su madre. Su vocacion por las cosas intelectuales fué tan pronta, tan maravillosa y tan unánimemente reconocida en su derredor en las escuelas de *Arpino*, que gustó la gloria, cuya embriaguez debia saborear casi gastando la vida. Sus compañeros de escuela le proclamaron espontáneamente *rey de los escolares*, y referian á sus padres al hablar de sus lecciones, los prodigios de comprension y de memoria del hijo de *Helvia*, y le hacian compañía hasta llegar á la puerta de su casa como un tutor ó ayo de la infancia. Cuando la superioridad es demasiada entre los niños y entre los hombres, no suscita ya la envidia; se la sufre y se la aclama como un fenómeno, y los fenómenos están aislados y no humillan la envidia y la admiracion. Tal era el sentimiento que inspiraba el joven Ciceron á los hijos de *Arpino*. ¿Que no inspiraria tan noble y tan honroso personaje mas tarde á *Clodio*, á *Octavio* y á *Antonio*?

VIII.

La poesía, esta flor del alma fué la primera que le embriagó: la poesía es el sueño de la mañana de las grandes vidas; contiene en sombras todas las realidades futuras de la existencia; remueve las fantasmas de todas las cosas antes de remover las cosas mismas; es el preludio de los pensamientos y el presentimiento de la accion. Las ricas naturalezas, como *César*, *Ciceron*, *Bruto*, *Solon*, *Platon*, comienzan por la imaginacion y la poesía; es el lujo de las savias superabundantes en los héroes, los hombres de estado, los oradores y los filósofos. ¡Desgraciado del que no ha sido poeta una vez en su vida!

IX.

Ciceron lo fué desde muy temprano, largo tiempo y siempre. No fué tan soberano orador, sino porque fué poeta. La poesía es el arsenal del orador. Abrid á Demóstenes, á Ciceron, á

Chatham, á Mirabeau, á Vergniaud; por todas partes donde estos oradores se muestran sublimes, aparecen poetas. Lo que se refiere para siempre de su elocuencia, son imágenes, pasiones dignas de ser cantadas y perpetuadas por los versos.

Al salir de la adolescencia, Ciceron publicó muchos poemas, que le colocaron, dicen las historias, entre los poetas famosos de su tiempo. Plutarco afirma que su poesía ignora á su elocuencia.

Estudió al mismo tiempo la filosofía bajo la dirección de los maestros griegos de esta ciencia que las contiene todas. Seguía sobre todo las lecciones de Filon, sectario de Platon. De este modo abría su alma por todos los poros á la ciencia, á la sabiduría, á la inspiración y á la elocuencia. Recogiendo todo lo que había sido pensado, cantado ó dicho de mas bello antes de él sobre la tierra, para formarse él mismo en su alma un tesoro de verdades, de ejemplos, de imágenes, de elocución, de belleza moral y cívica, se proponía aumentar y aceptar despues este tesoro durante su vida, para la gloria de su patria y para su propia gloria, inmortalidad terrestre, de la cual los hombres de entonces hacían uno de los objetos y uno de los premios de la virtud.

Seguía también asiduamente en la misma época, las sesiones de los tribunales y las sesiones del *Foro*, aquel tribunal de las deliberaciones políticas delante del pueblo, escuchando, mirando obrar á los grandes maestros de la tribuna de su tiempo, *Escévola*, *Hortensio*, *Cota*, *Craso*, y especialmente á *Antonio*, cuya elocuencia inmortalizó despues él mismo en sus tratados sobre el arte. Se honraba de ser su discípulo, y hacía todo lo posible al entrar en su casa para reproducir de memoria con su pluma los arranques mas notables de sus arengas que habían conmovido la multitud ó encantado su imaginación. Ignorado todavía como orador, su fama como poeta se propagaba en Roma por la publicación de un poema épico sobre la guerra y los destinos de Mario, su gran compatriota.

X.

Roma se encuentra á entonces en una de aquellas crisis trágicas y supremas que agitan los imperios y las repúblicas en el momento en que sus instituciones las han elevado á la cima de la virtud, de la gloria y de la libertad á que permite la Providencia llegar á un pueblo. En este punto culminante de su existencia y de su principio, las naciones comenzaban á vacilar sobre si mismas antes de precipitarse en la decadencia, como por un vértigo de la prosperidad ó por una ley de nuestra imperfecta naturaleza. Es el momento en que los pueblos

dan á luz los mas grandes hombres y los más malvados, como para preparar actores mas sublimes y mas atroces á estos dramas trágicos que ellos dan á la historia. Ciceron aparecía en la vida precisamente en el momento de la descomposición de la república romana; de manera que su historia, mezclada con la de su patria desde su nacimiento hasta su suplicio, es á la vez la de los hombres memorables ó mas execrables del universo, la de las mas grandes virtudes y la de los mas grandes crímenes, la de los mas brillantes triunfos y la de las mas siniestras catástrofes de Roma. La libertad, la servidumbre del universo se conquistan, se pierden, se juegan durante medio siglo á su presencia. El alma de un solo hombre es el hogar del mundo, y su palabra es el eco del universo.

XI.

El principio de la república romana era la adquisición sucesiva, primero de la Italia, luego de la Europa, despues, en fin, del mundo entonces conocido bajo la dominación de los romanos. Engrandecer era su ley; no se engrandecía su territorio mas que por la guerra; la guerra era, pues, la fatalidad de este pueblo. Primero defensiva en sus principios, la guerra romana había llegado á ser ofensiva, y despues universal. La guerra altera la gloria, la gloria da la popularidad, la popularidad da á los ambiciosos el poder político. El triunfo en Roma había llegado á ser una institución, esta institución daba, por decirlo así, un cuerpo á la fama, y hacía triunfadores de los candidatos en la tiranía.

XII.

Para sostener esta conmemoración de triunfos, y esta guerra universal y perpétua, habían también llegado á ser necesarios grandes ejércitos casi permanentes. Grandes ejércitos permanentes son la institución mas fatal á la libertad y al poder enteramente moral de las leyes. Aquellos que quedaban reunidos en legiones en las provincias conquistadas ó en Italia, comenzaban á elevar á sus generales á un grado superior á el senado y al pueblo y á formar para ó contra estos generales grandes facciones militares, ejércitos tan peligrosos como las facciones cívicas. Aquellos que habían sido licenciados despues que les habían repartido sus tierras, formaban en Italia misma y en los campos de Roma núcleos de descontentos dispuestos á correr á las armas, su única ocupa-

ción, y á dar bandos ó legiones políticas, á los tribunos demagogos ó á los generales ambiciosos. El senado y el pueblo estaban, pues, enteramente dispuestos á ser dominados y subyugados en Roma misma por la guerra y por la gloria que ellos habían destinado para subyugar el mundo. Habían enviado tiranos al mundo, y el mundo vencido les enviaba tiranos domésticos. Ya la espada se mofaba de las leyes; ya, bajo un respeto aparente para la autoridad nominal del senado, los generales y los triunfadores traficaban entre si con los empleos y los consulados; los gobiernos de provincia trocaban sus legiones, y les prestaban sus ejércitos para que les fuesen devueltos despues del tiempo exigido por las leyes. Roma no era ya mas que una grande anarquía dominadora del mundo exterior, pero donde los ciudadanos habían cedido la realidad de la soberanía á las legiones, donde la constitución no conservaba ya mas que sus formas, donde los generales eran tribunos, y donde las pasiones eran campamentos.

Tal era el estado de la república romana cuando el joven Ciceron tomó la toga viril, para tomar su papel de ciudadano, de orador, de magistrado en la escena del tiempo.

XIII.

Mario, plebeyo de *Arpino*, despues de haberse ilustrado en los campos y de haber salvado á la Italia de la primera invasión de los bárbaros del Norte, había tomado partido en Roma por el pueblo contra los patricios y contra el senado. Demagogo armado y feroz, había prestado sus legiones á la democracia para inmolar á la aristocracia. Sus proscripciones y sus asesinatos habían diezmado á Roma e inundado de sangre á la Italia. Sila, patricio romano, primero lugarteniente, y despues rival de Mario, le había á su vez arrebatado su gloria y sus legiones, llevándolas contra su patria; había proscripido á los que proscribían, degollado á los que degollaban, asesinado en masa al pueblo, humillado al senado restableciéndole, elevado á los esclavos al rango de ciudadanos romanos, dividido las tierras de los proscripitos, entre sus ciento veinte mil legionarios, despues abdicado bajo el prestigio del temor que había inspirado al pueblo, y vuelto á poner en juego los resortes de la antigua constitución, falseados, subyugados, ensangrentados por él. Una guerra que se llamaba la *guerra social*, guerra de los auxiliares de la república contra Roma misma, había complicado además por la insurrección de la Italia aquel conjunto de acontecimientos, de pasiones, de proscripciones, de sangre y de crímenes. Sila triunfó de todo. Los buenos

ciudadanos de Roma se juntaron para defender la patria, aun bajo la dictadura de un tirano. Ciceron siguió allí á su modelo y á su maestro el orador Hortensio. Regresó con las legiones victoriosas de Sila, para asistir con horror al eclipse de toda libertad, á los dictadores, á las proscripciones, á los degüellos de Roma. Su mucha juventud y su vida estudiosa en *Arpino* le evitaron, no de la desgracia, sino del peligro del tiempo. Reapareció en Roma despues del restablecimiento violento poco regular de las cosas y del senado por Sila. Se preparó para la tribuna política y para los empleos de la república por medio del ejercicio del foro, noviciado de los jóvenes romanos que aspiraban de este modo á la estimación y al reconocimiento del pueblo, antes de obtener sus sufragios para las magistraturas. Publicó al mismo tiempo libros sobre la lengua, sobre la retórica, sobre el arte de la oratoria, que revelaban la profundidad y la universalidad de sus estudios. Sus primeros litigios en favor de sus clientes admiraban á los oradores más consumados de Roma. Su palabra brilló como un prodigio de perfección desconocida hasta que apareció este joven en la discusión de las causas privadas. Invención de argumentos, encadenamiento de los hechos, conclusión de los testimonios, elevación de pensamientos, poder en el raciocinio, armonía en las palabras, novedad y esplendor de imágenes, convicción de entendimiento, gracia é insinuación en los exordios, fuerza en las peroraciones, belleza en la dición, magestad en la persona, dignidad en el gesto, todo condujo en pocos años al joven orador á la cima del arte y de la fama. Sus discursos, preparados en el silencio de sus vigiliias, anotados, escritos, borrados, vueltos á escribir, corregidos además, comparados estudiosamente con los de los modelos de la elocuencia griega, y cogidos fragmentos por fragmentos, ora en los baños, ora en los jardines, ora en sus paseos por las afueras de Roma, recitados delante de sus amigos, sometidos á la crítica de sus émulo ó de sus maestros, pronunciados en público sobre el tonido por diapasones apartados en la multitud, enriquecidos con aquellas inspiraciones repentinamente que añaden la maravilla de lo imprevisto y el juego de la improvisación á la seguridad y á la solidez de la palabra reflejada, eran verdaderos acontecimientos en Roma. Existen revividos y publicados por el mismo orador; son todavía acontecimientos para la posteridad. Nosotros no hablaremos de ellos, porque forman ~~un~~ ~~tema~~ ~~que~~ ~~ya~~ ~~no~~ ~~quiere~~ ~~repetir~~ ~~se~~. Han quedado perpetuados, como monumentos del entendimiento humano.

XIV.

Estos discursos fueron la base de la fama y de la vida pública del joven Ciceron; pero

fué consumido por su propia llama: su frágil cuerpo no pudo soportar estos excesos de estudio, de palabra pública, de clientela y de gloria en que se hallaba sumergido. Su delgadez, su palidez, el insomnio, la voz quebrantada por el esfuerzo para corresponder á la avidéz y á los aplausos de la multitud, su preoz estenuación, que por una gloria de foro y le letras demasiado pronto acogida, amenazaba una vida deseosa de una gloria mas alta y mas duradera, acaso tambien los consejos que le dieron sus amigos de no llamar la atención de Sila, á quien podia ofuscar una fama tan poderosa en un jóven tan favorito del pueblo, y á quien Ciceron habia herido ligeramente defendiendo á uno de sus proscriptos que nadie se habia atrevido á defender, todas estas causas, y mas todavía la pasión de estudiar la Grecia en Grecia misma, decidieron á Ciceron á dejar á Roma y el foro, y á visitar á Atenas.

XV.

Allí se entregó casi esclusivamente, bajo la dirección de los filósofos griegos mas notables, al estudio de la filosofía. Con el encanto de estos estudios, que separaban el alma de las cosas terrestres para elevarla á las cosas inmatrimales, habia por cierto tiempo renunciado á Roma, á la ambición y á la gloria. Ligado con Atico, rico romano, voluptuoso de imaginación, que no estimaba las cosas mas que por el placer que proporcionan, Ciceron se proponia recoger su módico patrimonio en Grecia, y establecerse en Atenas, para pasar allí oscuramente su vida en el estudio de lo bello, en la indagación de la verdad y en el goce del arte. Pero su salud se restablecia; los maestros de las escuelas de elocuencia mas célebres de Atenas, de Rodas, de Jonia, acudieron para oírle discurrir en las academias de Atica, y penetrados de admiración hacia ese jóven bárbaro, confesaban con las lágrimas en los ojos que Roma los habia vencido por las armas, y que un romano los sobrepusaba en elocuencia. El les daba lecciones de pensamiento, y ellos se las daban de dición, de armonía, de entonación y de gesto. La nueva de la muerte de Sila, que llegó en este momento á Atenas, y que presagiaba nuevos destinos á la libertad de Roma, conmovió al mismo Ciceron. Sintióse llamado por acontecimientos desconocidos, y partió para Roma, pasando por Asia, para visitar todas las grandes escuelas de literatura y de elocuencia, y para asegurarse tambien si estos templos famosos, de donde el paganismo habia enviado sus supersticiones y sus fábulas á Roma, no contenian la palabra oculta sobre la Divinidad, objeto supremo de sus estudios. Consultó á los

oráculos. El del templo de Delfos le dijo la gran verdad en los hombres de bien, destina dos á tomar parte en los acontecimientos de su pais en los tiempos de revolución.

—¿Por qué miedo, le preguntó Ciceron, alcanzaré la mas grande gloria y la mas honrada?

—Siguiendo siempre tus propias inspiraciones, y no la opinión de la multitud, le respondió el oráculo.

Las palabras del oráculo le hicieron efecto, y conformando su vida con este consejo, mereció en efecto su reputación de hombre de bien, su gloria y su muerte.

XVI.

Entrando en Roma, vivió en ella algunos años en la oscuridad, no adhiriéndose á ninguna de las facciones que dividian la república, no adhiriéndose á ninguno de los gefes de partido cuyo favor lanzaba á la juventud á las candidaturas, y no solicitando nada del pueblo. Se le despreciaba, dicen los historiadores, por el desprecio que él hacia de los hombres y de las riquezas, y por aquella estimación que guardaba hacia las cosas inmatrimales. Le llamaban poeta, letrado, filósofo especulativo y ahogado en la contemplación de las cosas inútiles. El vulgo desprecia en todos los siglos todo lo que no es vulgar como él. No se conmovió por estas burlas, y continuó perfeccionándose en silencio, por el solo amor de lo bello y del bien. Vivía entonces familiarmente con el mas grande actor de la escena romana. Roscio; se estudiaban mutuamente; el actor procuraba imitar la acción que el arte enseñaba á Roscio; y de esta lucha entre la naturaleza que inspira y el arte que acaba, resultaba para el actor y para el orador la perfección, que consiste para el actor en no fingir nada en el teatro que no imite á la naturaleza, y para el orador en no profesar nada en la tribuna que no sea confesado por el arte y conforme á la suprema conveniencia de las cosas, que se llama belleza.

XV.

Sin embargo, el padre, la madre, los tíos de Ciceron y sus amigos, le suplicaban violentase su gusto por el retiro, y no privase á la república, en tiempos tan difíciles, de los dones que los dioses, el estudio, las letras, los viajes habian acumulado en él. «La virtud y la elocuencia no le habian sido concedidas, le decian, mas que como dos armas divinas

para la gran lucha que se agitaba entre los hombres de bien y los malvados, entre la república y la tiranía, entre la anarquía de los demagogos y la libertad de los buenos ciudadanos.» Cedió á sus instancias, y solicitó la *cuestura* el mismo año en que los oradores mas grandes del tiempo, sus maestros y sus modelos, Hortensio y Cota solicitaron el *consulado*, primera magistratura de Roma, que duraba un año. El pueblo, cansado de los hombres de guerra que habian ensangrentado tanto tiempo á Roma, quiso relevar la libertad y la tribuna nombrándolos á los tres. La *cuestura* era una magistratura secundaria que daba entrada al senado. Los cuestores estaban encargados de percibir los tributos y subvenir á las necesidades de Roma. La suerte, que distribuía las provincias entre los cuestores, dió la Sicilia á Ciceron. Evitando con sus medidas la miseria que amenazaba al pueblo romano, hizo cuanto bien pudo por la Sicilia y se hizo adorado de ella; la recorrió toda entera, menos como procónsul que como filósofo y como historiador curioso de indagar en sus ruinas los vestigios de su grandeza antigua. Allí descubrió la tumba de Arquimedes, uno de los mas grandes genios que ha dado jamás la mecánica á los hombres, é hizo restaurar á sus expensas el monumento de este hombre casi divino.

Satisfecho con el rumor que su nombre, su elocuencia y su dichosa magistratura hacian en Sicilia, se admiró regresando á Roma, de encontrar este nombre y este rumor sofocado por el tumulto siempre nuevo de una inmensa capital absorta en sus propios rumores, en sus pasiones, en sus intereses, en sus goces, y dividida entre sus tribunales, sus agitadores y sus oradores. Comprendió que, para influir sobre este pueblo móvil y sensual, era necesaria no desaparecer un dia de sus ojos. Se casó con Terencia, muger de ilustre linaje y de módica fortuna. Compró una casa mas cercana al centro de sus negocios que su casa paternal situada en un barrio de ociosos. Abrió esta casa á toda hora á la multitud de los clientes ó de los litigantes que asediaban á Roma. Aprendió de memoria el nombre y los antecedentes de todos los ciudadanos romanos, á fin de li sonjarlos, y para saludar á todos por sus nombres cuando llegasen á la plaza pública. No tuvo ya necesidad de un liberto, que se llamaba el *nomenclator* y que seguía siempre á los candidatos ó á los magistrados para decirles en voz baja el nombre de los ciudadanos.

Llegado á la edad de cuarenta y un años, poseedor por sus herencias personales y por el dote de Terencia, su muger, de una fortuna que no fué jamás espléndida, pues nunca litigó sino gratuitamente, por la justicia ó por la gloria, juzgando que la palabra tenia demasiado precio para ser vendida; ligado por la amistad con los mas grandes, los mas ilustrados y los mas virtuosos ciudadanos de la república,

Hortensio, Caton, Bruto, Atico, Pompeyo; padre de un hijo en el cual pensaba resucitar, de una hija que adoraba como á la divinidad de su porvenir; no empleando sus intereses supérfluos mas que en la adquisición de libros raros, que su amigo el rico y sabio Atico le enviaba de Atenas; distribuyendo su tiempo entre los negocios públicos de Roma y los placeres de verano en sus casas de recreo, en Arpino, en las montañas de sus padres; en Cumas, á orillas del mar de Nápoles; en Tusculo, al pie de las colinas de Alba, residencia oculta y deliciosa; contando sus horas en este retiro, como un avaro cuenta su oro; dando las unas á la elocuencia, las otras á la poesía, estas á la filosofía, aquellas á la conversacion con sus amigos ó á sus correspondencias; algunas al paseo bajo los árboles que él habia plantado, y entre las estatuas que habia recogido; otras á la comida y pocas al sueño; no perdiendo ninguna para el trabajo, el placer del entendimiento y la salud; acostándose con el sol, levantándose antes de la aurora para recoger su pensamiento antes que apareciese el ruido del dia en toda su fuerza, su salud se restablecia, su cuerpo volvía á tomar la apariencia del vigor, su voz aquellos acentos varoniles, y aquella viva acción nerviosa que Demóstenes hacia luchar con el ruido de las olas del mar, y mas necesarias á los hombres que deben luchar con los tumultos de las multitudes. Era sabio, honrado, amado, feliz, y ageno aun á la envidia. El destino parecia darle á la vez, al principio de su vida, aquella dosis de felicidad y de calma que necesita cada uno en su carrera, como para hacerle saborear mejor por la comparación y por el recuerdo, los años de turbación, de acción, de tumulto, de angustia y de muerte en los cuales iba á entrar bien pronto.

XVIII.

Seis años despues de su *cuestura* en Sicilia, Ciceron fué elegido *edil* unánimemente por el pueblo reunido en *tribus*. El edil era el encargado del ornato público de Roma y de los espectáculos que se daban á los romanos. El pueblo deseoso de espectáculos, pensó que la Sicilia, cuya afección y reconocimiento se habia conquistado Ciceron, le proporcionaria gladiadores y fieras que ilustrasen su empleo. Esta magistratura daba á los *ediles* el derecho de poner en el vestibulo de su casa las imágenes y las estatuas de sus antecesores; pero Ciceron que no tenia antecesores, no levantó imágenes. Aceptó, sin humillarse por ello, el nombre de *hombre nuevo*, que se daba en Roma á aquellos que se conquistaban un nombre en lugar de heredarlo. Se encontraba colocado de este modo entre la aristocracia y la democracia, en